

Réquiem por un poeta amigo



Raúl Cordero Amador

de acerado pico y la dejó caer sobre la cabeza del gran trágico, nacido en Eleusis y creador de esa joya de la literatura universal estupenda y conmovedora. Prometeo encadenado.

Tú, Rafael, como los músicos y pintores, fuiste esencia del pensamiento; tu tarea fue traer a la tierra las armonías que vagaban en el espacio de los cielos y las concepciones impalpables que se agitaban en el espacio del espíritu.

Con tu excepcional creación literaria en esta hora de confusión y esclaresces, con nuestro dolor el verte partir.

Estamos tristes porque te vas, no por tu muerte, porque para ti Rafael, la muerte es una victoria, y cuando se ha vivido bien, el féretro es un carro de triunfo. Debes irte satisfecho, realizaste obra de grandeza: sufriste, lloraste, cantaste, te hiciste astro y hoy duermes en los brazos de la santa y celeste poesía.

Para tu hijo Rafael Cardona Lynch, para tu esposa Leticia, para tu nieto Rafael y para tu sobrino Alfredo, mi estremecido abrazo de condolencia.

¡México, al que con voz de grandeza y de silencio, elogiaste en su campiña y en sus volcanes, te envuelve en la túnica impalpable de la sinfonía de sus altas cumbres!

¡Costa Rica te envía la corona de su paisaje fino y elegante, ahora que has entrado en el silencio de las constelaciones sin parpadear!

¡Descansa en paz, Rafael, y en el inalcanzable primor de tu verso y de tu verbo, ruega por nosotros!

¡Pro nobis ora, gran poeta!
Cementerio francés, 3 de febrero de 1973.

6 de octubre de 1933, dice: "Para Raúl Cordero Amador, con el corazón del amigo y el entendimiento del escritor, un poco triste ya, y algo menos Quijote cada día. Nacemos Quijotes y morimos Sanchos.

Rafael Cardona".

No estoy conforme con las dos últimas frases, tú fuiste siempre Quijote.

(Ahora cabalgas en el rocínante celestial, por los anchos y felices caminos de la gloria, sin Manchas y sin Sanchos, con Francesco Petrarca, Fray Luis de León, Teresa de Jesús, Juana Inés de la Cruz, Guillermo Valencia, Leopoldo Lugones, José Martí, Enrique González Martínez, y tu leal amigo Miguel de Cervantes, recuérdale aquel pasaje transparente y sablo:

"Nos comemos a Don Quijote como nos comemos a Jesucristo, como nos comemos siempre a los profetas, desgarrando a dentelladas su médula reudentora. Sólo la miel de sus entrañas puede edificarnos. De sus cadáveres inmensos surgen en bandas atormentadoras, esas faunas diminutas de febricitante ponzoña que al picar en nuestro corazón dejan en su fondo el huevo de las futuras pesadumbres. Es el polen de su genio que llega hasta nosotros y nos madura y pudre, para que de nuestros huesos también continúe brotando el chorro de la fecundidad de la andanza humana".

Recuerdas, Rafael, que aquí en este México adorable, nos encontramos de nuevo en 1921, cuando sábado a sábado nos citábamos con Ernesto García Cabral, José de J. Núñez y Domínguez, Rafael Heliodoro Valle, José Vasconcelos, Manuel Horta, Enrique González Martínez, Angel Falco, Vicente Sáenz, a veces Ernesto Martín y Julián Marchena, también Ignacio Illescas, Roberto Montenegro, Juan Uriarte y Ricardo Alduvín.

¡Qué grato fue para mí, cuando en la Universidad tuve como discípulo a tus hijos Armando y María Eugenia, excepcionales como el padre; hoy con Carmencita y Jorge, estarán en la broncínea puerta de la eternidad de fiesta para darte la cordial bienvenida!

No olvido aquella tarde en la que leímos tus catorce sonetos; con autoridad imperativa me pediste que leyera "Esquilo", el que murió aplastado por la tortuga que llevaba el águila

hondo, igual que la vida y la muerte".

Seguro estoy que Alberto F. Cañas, tu amigo entrañable, te traería en esta tarde luminosa, un chunche precioso, chisporroteando crónicas amenas y agudizando sutiles ironías, o te traería de Guanacaste, un punto, para despedirte en el relámpago amoroso de sus sabanas.

Carlos Jinesta iniciará hoy frente a su amigo de siempre, tu biografía triunfal con líneas heroicas y sentenciosas, que titulará: Homero en Costa Rica, aludiendo a los aélicos sonetos de tu heládico Parthenón.

¿Y quién sabe cuántos más del glorioso coro de tus amigos me pedirían que dijera una frase por tí?; como lo hace Víctor M. Cañas Frutos, de prosa elegante y pensamiento resplandeciente que enciende para tí su lámpara perpetua.

Ahora permíteme, Rafael, que hable de tí.

Naciste el 19 de setiembre de 1893, en San José de Costa Rica, para ser más preciso en el Barrio del Paso de La Vaca. Tus paseos de niño inquieto eran por La Uruca y La Sabana, ya de adolescente tu aventura llegaba hasta Fuentes y Curridabat, donde nos habíamos de jocotes y anonas, guayabas y cases, murtas y granadillas, y en ocasiones de sustos y carreras.

Cuando tú salías de nuestro bien amado Liceo, yo entraba con Teodoro Picado, Joaquín Vargas Coto, Gonzalo González, Antonio y Abel Páez Castro, Vicente Sáenz, Oscar Vargas Méndez, Marcial Fallas Díaz, Tobías Bolaños Palma, Carlos Salazar, Gerardo Vargas Arce, Carlos Alvarado, y otros.

Ya en tu juventud pasabas buenas horas de la noche en la tertulia literaria con Julián Marchena, Paco Soler, Vargas Coto, Obregón y otros más de pluma y bombín.

En 1941, Las piedras preciosas te ganaron la Flor natural de los juegos florales, desde entonces el cetro de la poesía lírica, en el marco geográfico de Costa Rica fue tuyo.

Después nos deslumbraste con Oro de la mañana, Macbeth, Las alas Los medallones de la conquista, Estirpe; y en prosa de elegancia suma y pensamiento diáfano y alado apareció, El sentido trágico del Quijote. Recuerdo que el ejemplar que me dedicaste el

Osadía es hablar frente a los restos mortales del poeta Rafael Cardona Jiménez, sin contar con la elegancia y fuerza creadora de su acento lírico, en que silenció por más de tres décadas para batallar en los quehaceres, periodísticos, filológicos, económicos y filológicos. Gracias al noble empeño, del también poeta, Alfredo Cardona Peña, el de Cosecha mayor y otras joyas más, rompió el silencio y entregó en manos del artífice generoso, Alfonso Méndez Plancarte un Parthenon. Los héroes y las sombras—, que bien vale todo el mármol helénico y el genio de los Fidas y Praxiteles del soneto.

Sólo la vieja amistad, y la profunda admiración que, por Rafael Cardona tuve y tendré, han dado ánimo a mi flaqueza, para decir unas palabras en ocasión tan solemne y sentida, no digo dolorosa, porque entregar a la Madre Tierra un varón de la categoría intelectual de este acendrado amigo nuestro que se nos adelanta en la jornada, es adelantarse por las sendas de la muerte, en una forma de la vida, como el arte es una forma del amor.

Rafael, te digo un hasta luego, que debería decirte lo Guillermo Valencia, de quien hace apenas seis días, en plática literaria me dijiste: "¡Qué poeta para emplear el adjetivo con tanto primor!". También podrían despedirte José Santos Chocano, Julio Herrera y Reissig, Enrique González Martínez, Ramón del Valle Inclán o Manuel Gutiérrez Nájera de tu jerarquía y amor; y de quienes me dijiste en nuestro último diálogo dominical que eran poetas masculinos, por lo recio de la forma y la hondura del pensamiento".

Pero si ellos no lo pueden hacer ya, lo hago yo, en nombre de Julián Marchena, que te dice:

"Bajo un vuelo de arcángeles de [nieve mientras su grácil planta se [desliza"

"cielo azul de luces trémulas" la nave del crepúsculo en vaga luz [se anega",

o te dirá al oído: Se va mi juventud y sin embargo por nada cambio este dolor tan [mío".

También Carlos Luis Sáenz, me encarga que te diga:

"Como la eternidad, sin límites;